

EL ESPÍRITU SANTO



Tesoro de bondad y amor

EL ESPÍRITU SANTO

*Tesoro de
bondad y amor*

*Bogotá.
Agosto, 2014*





Caballeros de la Virgen

www.caballerosdelavirgen.org

1ª Edición: 100.000 ejemplares

ISBN: 978-958-58298-2-4



Presentación

El Espíritu Santo es el Garante de la definitiva victoria sobre el pecado y sobre el mundo sometido al pecado, para librarlo del pecado e introducirlo en el camino de la salvación. S. Juan Pablo II, Catequesis 26/04/1989

El Espíritu Santo, es la tercera persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios como lo son el Padre y el Hijo. Es el Amor del Padre y el Hijo.

Nuestro Señor Jesucristo prometió que este Espíritu de Verdad iba a venir y moraría dentro de nosotros. *“Yo rogaré al Padre y les dará otro Intercesor que permanecerá siempre con ustedes. Este es el Espíritu de Verdad que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes saben que él permanece con ustedes, y estará en ustedes”* (Jn 14, 16-17) El Espíritu Santo vino el día de Pentecostés y nunca se ausentará.

El Espíritu Santo está presente de modo especial en la Iglesia, y la ayuda a continuar la obra de Cristo en el mundo. Él es el santificador. Su presencia da gracia a los fieles para unirse más a Dios y entre sí en amor sincero, cumpliendo sus deberes con Dios y los demás.

El Espíritu Santo guía al Papa, a los obispos y presbíteros de la Iglesia en su tarea de enseñar la doctrina cristiana, dirigir las almas y administrar al pueblo cristiano la gracia de Dios por medio de la palabra y de los

sacramentos. Orienta toda la obra de Cristo en la Iglesia: mantenerse y crecer en la fe y el amor, solicitud por los enfermos, enseñar a los niños, preparación de la juventud, consolar a los afligidos, socorrer a los necesitados.

Es nuestro deber honrar al Espíritu Santo amándolo por ser nuestro Dios y dejarnos dócilmente guiar por Él en nuestras vidas. San Pablo nos lo recuerda diciendo: *“¿No saben ustedes que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?”* (1 Cor 3, 16).

Conscientes de que el Espíritu Santo está siempre con nosotros mientras vivamos en estado de gracia santificante, debemos pedirle con frecuencia la luz y la fortaleza necesarias para llevar una vida santa y salvar nuestras almas.

Por este motivo, los Caballeros de la Virgen en este pequeño librito hemos querido dar a conocer al gran desconocido de nuestros días: El Espíritu Santo, para propiciar así una convivencia más intensa con Él.

En nuestra vida cotidiana, a veces tenemos alguna dificultad de pedir lo que más nos conviene. Por eso, nos dice San Pablo que *“el mismo Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables”* (Rm. 8,26). Y para aproximarnos con toda confianza de Quien está a la espera de nuestros pedidos, pidamos la intercesión de la esposa fidelísima del Espíritu Santo, María Santísima.

CAPITULO 1

El Espíritu Santo en la Iglesia Católica

El alma delicada sigue fielmente el más pequeño soplo del Espíritu Santo, goza por este Huésped espiritual. ¡Oh, si las almas quisieran escuchar al menos un poco la voz de la conciencia y la inspiración del Espíritu Santo! Digo: Al menos un poco, ya que si una vez nos dejamos influir por el Espíritu de Dios, Él mismo completará lo que nos falte. Santa Faustina Kowalska.

El Catecismo de la Iglesia Católica, nos dice que el Espíritu Santo es la “*Tercera Persona de la Santísima Trinidad*” [1]. Es decir, habiendo un sólo Dios, existen en Él tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta verdad ha sido revelada por Jesús en su Evangelio.

El Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo de la historia hasta su consumación, y Nuestro Señor Jesucristo nos lo presenta y se refiere a Él como una Persona diferente, con un obrar propio y un carácter personal.

“En adelante el Espíritu Santo les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Jn.14, 26)

“Dios es Amor” (Jn 4,8-16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor “Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. (Rm. 5,5).

Mediante el Bautismo se nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo.

Vida de fe. El Espíritu Santo con su gracia es el *“primero”* que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva, es quien nos precede y despierta en nosotros la fe.

El Paráclito (El Consolador, el Abogado, el Intercesor): Jesús nos presenta al Espíritu Santo diciendo: *“El Padre os dará otro Paráclito”* (Jn 14,16). El abogado defensor es aquel que, poniéndose de parte de los que son culpables debido a sus pecados, los defiende del castigo merecido, los salva del peligro de perder la vida y la salvación eterna.

Espíritu de la Verdad: Nuestro Señor afirma que después de su partida, el Espíritu Santo será quien mantenga entre los discípulos la misma verdad que Él ha anunciado y revelado *“En adelante el Espíritu*

Santo les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho” (Jn 14, 26). Los campos de acción en que actúa el Espíritu Santo, son el espíritu humano y la historia del mundo. [2]





CAPÍTULO 2

Símbolos del Espíritu Santo

“El Espíritu Santo como fuerte huracán, hace adelantar más en una hora la navecilla de nuestra alma hacia la santidad, que lo que nosotros habíamos conseguido en meses y años remando solo con nuestras fuerzas” Santa Teresa de Ávila.

Los símbolos del Espíritu Santo, son dados por Dios para que podamos más fácilmente comprender lo que el idioma mismo no puede explicar o expresar. En otras palabras, un símbolo es un emblema material que muestra y descubre una verdad espiritual. Al Espíritu Santo se le representa de diferentes formas:

Nuestro lenguaje es muy pobre para hablar de Dios y su misterio. Por eso a través del simbolismo tratamos de expresarlo.

El Agua: El simbolismo del agua es significativo de la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, ya que

el agua se convierte en el signo sacramental del nuevo nacimiento.

La Unción: Simboliza la fuerza. La unción con el óleo (Santo Crisma) es sinónimo del Espíritu Santo. En el sacramento de la Confirmación se unge a quien se administra el sacramento de la confirmación para que sea testigo de Cristo.

El Fuego: Simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu.

La Nube y la Luz: Símbolos inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. En la Anunciación, desciende sobre la Virgen María para “cubrirla con su sombra”. En el Monte Tabor, en la Transfiguración, el día de la Ascensión; aparecen una nube y una luz.

El Sello: Es un símbolo cercano al de la unción. Indica el carácter indeleble de la unción del Espíritu en los sacramentos y habla de la consagración del cristiano.

Las Manos: Mediante la imposición de las manos, los Apóstoles y ahora los Obispos, transmiten el “don del Espíritu”.

La Paloma: En el Bautismo de Jesús, el Divino Espíritu Santo aparece en forma de paloma y se posa sobre Él [3].

CAPÍTULO 3

Dones y Frutos del Espíritu Santo

“Bienaventurada el alma que posee todas estas bellas virtudes, frutos del Espíritu Santo. El alma favorecida con su presencia debe colaborar entregándose del todo a Él, y dejándose guiar con plena docilidad. Deja que el Espíritu Santo actúe en ti, abandónate en su influjo y no temas”. San Pío de Pietrelcina

Nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, que *“la vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo”* [4]. Estas son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo.

S. Juan Pablo II, en su formidable *Catequesis sobre el Credo*, nos explica uno a uno estos preciados dones:

Los Dones del Espíritu Santo nos hacen dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Don de sabiduría: Nos da una capacidad especial para *juzgar las cosas humanas según la medida de Dios*, a la luz de Dios. Iluminado por este don, el cristiano sabe ver interiormente las realidades del mundo: nadie mejor que él es capaz de apreciar los valores auténticos de la creación, mirándolos con los mismos ojos de Dios [5].

Don de inteligencia o entendimiento: Es una gracia del Espíritu Santo para comprender la Palabra de Dios y profundizar las verdades reveladas, al mismo tiempo que agudiza la inteligencia de las cosas divinas, hace también más límpida y penetrante la mirada sobre las cosas humanas [6].

Don de consejo: Ilumina la conciencia en las opciones que la vida diaria le impone, sugiriéndole lo que es lícito, lo que corresponde, lo que conviene más al alma. Enriquece y perfecciona la virtud de la prudencia y guía al alma desde dentro, iluminándola sobre lo que debe hacer, especialmente cuando se trata de opciones importantes, o de un camino que recorrer entre dificultades y obstáculos [7].

Don de fortaleza: Fuerza sobrenatural que sostiene la virtud moral de la fortaleza que asegura la firmeza en las dificultades y la constancia en la búsqueda del bien, para poder afrontar con coraje y vigor los riesgos, moderando el ímpetu de la audacia o imprudencia [8].

Don de ciencia: Nos da a conocer el verdadero valor de las criaturas en su relación con el Creador. Gracias a ella -como escribe Santo Tomás-, el hombre no estima las criaturas más de lo que valen y no pone en ellas, sino en Dios, el fin de su propia vida [9].

Don de piedad: Sana nuestro corazón de todo tipo de dureza y lo abre a la ternura para con Dios como Padre y para con los hermanos como hijos del mismo Padre, y lo hace clamar ¡Abbá, Padre! El don de la piedad, extingue en el corazón aquellos focos de tensión y de división como son la amargura, la cólera, la impaciencia, y lo alimenta con sentimientos de comprensión, de tolerancia, de perdón [10].

Don del temor de Dios: Nos infunde un espíritu contrito ante Dios, nos hace conscientes de las culpas y del castigo divino que ellas merecen, pero dentro de la fe en la infinita misericordia divina. Infunde también el temor de ofender a Dios, reconociendo humildemente nuestra debilidad.

De este santo y justo temor, conjugado en el alma con el amor de Dios, depende toda la práctica de las virtudes cristianas, y especialmente de la humildad, de la templanza, de la castidad, de la mortificación de los sentidos [11].

*Al principio nos cuesta mucho ejercer las virtudes.
Pero si perseveramos dóciles al Espíritu Santo, su acción
en nosotros hará cada vez más fácil ejercitarlas.*

Frutos del Espíritu Santo

Al principio nos cuesta mucho ejercer las virtudes. Pero si perseveramos dóciles al Espíritu Santo, su acción en nosotros hará cada vez más fácil ejercitarlas, hasta que se llegan a ejercer con gusto. Las virtudes serán entonces inspiradas por el Espíritu Santo y se llaman frutos del Espíritu Santo.

Los *frutos* del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo. La tradición de la Iglesia enumera doce:

Amor: Es el primero de los frutos del Espíritu Santo, fundamento y raíz de todos los demás. Donde falta este amor no puede encontrarse ninguna acción sobrenatural, ningún mérito para la vida eterna, ninguna verdadera y completa felicidad [12]. Cuando el alma está llena de la savia divina del Espíritu de la caridad, el amor la arrebató y transforma por completo. Así ocurrió con Santa María Magdalena, la pecadora pública perdonada y restaurada al punto de encabezar la lista de las vírgenes invocadas en la Letanía de los Santos [13].

Alegría: Es el fruto que emana espontáneamente de la caridad, como el perfume de la flor, la luz del sol, el calor del fuego; da al alma un gozo profundo, producto de la satisfacción que se tiene de la victoria lograda sobre sí mismo, y del haber hecho el bien. Esta alegría no se apaga en las tribulaciones sino que crece por medio de ellas [14]. Una alegría por sentir al Espíritu Santo actuando dentro de nosotros.

Paz: La verdadera alegría lleva en sí la paz que es su perfección, porque supone y garantiza el tranquilo goce del objeto amado. El objeto amado, por excelencia, no puede ser otro sino Dios, y de ahí, la paz es la tranquila seguridad de poseerlo y estar en su gracia. Esta paz es una alegría que supera todo goce fundado en la carne o en las cosas materiales, y para obtenerla debemos inmolar todo a Dios [15]. Las cosas de la tierra debemos amarlas sólo por amor a Dios y usarlas recta y virtuosamente, no haciendo de ellas el fin de nuestras vidas. Nuestro fin es sólo Dios.

Paciencia: La paciencia nos inclina a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales [16]. Siendo la vida una permanente lucha contra enemigos, visibles e invisibles y contra las fuerzas del mundo (es decir nuestras pasiones y ocasiones de pecado) y del infierno, es necesaria mucha paciencia para superar las turbaciones que estas luchas producen en nosotros [17].

Longanimidad: Por la longanimidad, el Espíritu Santo nos lleva a aguardar con serenidad, sin quejas ni amargura, los bienes que esperamos de Dios, del prójimo y de nosotros mismos y que demoran en sernos concedidos. No se trata de una espera pasiva y perezosa, sino de una manifestación de ánimo que se extiende en el tiempo, de una dilatada esperanza que nos hace fuertes de alma en las demoras espirituales [18].

Benignidad: Es la disposición constante a la indulgencia y a la afabilidad en el hablar, en el responder y en el actuar. Se puede ser bueno sin ser benigno teniendo un trato rudo y áspero con los demás; la benignidad nos hace sociables y dulces en las palabras y en el trato, a pesar de la rudeza y aspereza de los demás. Es una gran señal de la santidad de un alma y de la acción en ella del Espíritu Santo.

Bondad: Es el agrado que se tiene en beneficiar al prójimo. Es como el fruto de la benignidad para quien sufre y necesita ayuda. La bondad, efecto de la unión del alma con Dios, bondad infinita, infunde el espíritu cristiano sobre el prójimo, haciendo el bien y sanando a imitación de Jesucristo.

Mansedumbre: La mansedumbre se opone a la ira que quiere imponerse a los demás, y se opone al rencor que quiere vengarse por las ofensas recibidas. La mansedumbre hace al cristiano paloma sin hiel,

cordero sin ira, dulzura en las palabras y en el trato frente a la prepotencia de los demás [19]. Hace con que nuestra firmeza o incluso nuestras represiones cuando se hacen necesarias, vayan acompañadas de esta virtud y libres de ira.

Fidelidad: Como último fruto de nuestras buenas relaciones con el prójimo, tenemos la fidelidad, que nos hace “cumplir la palabra dada, las obligaciones asumidas, los contratos estipulados”. La fidelidad completa a la mansedumbre, en el sentido de que la primera nos lleva a no perjudicar al prójimo con la ira y la segunda a no defraudarlo ni engañarlo [20]

Modestia: Como lo dice su nombre, regula la manera apropiada y conveniente en el vestir, en el hablar, en el caminar, en el reír, en el jugar. Como reflejo de la calma interior, mantiene nuestros ojos para que no se fijen en cosas vulgares e indecorosas, reflejando en ellos la pureza del alma, armoniza nuestros labios uniendo a la sonrisa la simplicidad y la caridad, excluyendo de todo ello lo áspero y mal educado [21]. La mujer bella alegra a su marido, la recatada o con modestia, duplica su encanto, nos dice la Escritura, (cfr. Eclo 26, 13;15)

Continencia: Mantiene el orden en el interior del hombre, y como indica su nombre, contiene en los justos límites la concupiscencia, (es decir nuestras malas pasiones) no sólo en lo que atañe a los placeres

sensuales, sino también en lo que concierne al comer, al beber, al dormir, al divertirse y en los otros placeres de la vida material. La satisfacción de todos estos instintos que asemejan al hombre a los animales, es ordenada por la continencia.

Castidad: Es la victoria conseguida sobre la carne y que hace del cristiano templo vivo del Espíritu Santo. El alma casta, ya sea virgen o casada (porque también existe la castidad conyugal, en el perfecto orden y empleo del matrimonio) reina y manda sobre su cuerpo en gran paz y siente en ella la inefable alegría de la íntima amistad de Dios, habiendo dicho Jesús: Felices los limpios de corazón, porque verán a Dios (Mt 5,8) [22].

“El Espíritu Santo nos enseña: es el Maestro interior. Nos guía por el buen camino en las situaciones de la vida. Él nos enseña el camino, la vía. Al principio, el cristianismo era llamado “la vía”, y Jesús mismo es la Vía. El Espíritu Santo nos enseña a seguirle, a caminar tras sus pasos. Más que un maestro de la doctrina, el Espíritu Santo es un maestro de la vida”. Papa Francisco, Homilía 08/06/2014

CAPÍTULO 4

María Santísima, Esposa Fidelísima del Espíritu Santo

“Cuanto más el Espíritu Santo encuentra a María en un alma, más se vuelve operante y poderoso para reproducir a Jesucristo en esa alma, y esa alma en Jesucristo.” San Luis María Grignon de Montfort.



La palabra “*esposa*” expresa la relación íntima y estrecha entre Nuestra Señora y el Espíritu Santo. Esta unión íntima y única tuvo lugar en el momento de su inmaculada concepción en el vientre de Santa Ana.

En esta unión mística y a través de ella, Dios mantuvo a María libre del pecado original. También la llenó de una abundancia de gracia tal que le permitiera un día convertirse en Madre de Dios.

El especial relacionamiento de la Santísima Virgen con el Espíritu Santo debe llenarnos de una confianza inquebrantable, pura y creciente en la omnipotencia de su súplica.

“Quienquiera, pues, que sea elegido o predestinado, tiene a María por moradora de su casa, es decir, de su alma y la deja echar raíces de humildad profunda, de caridad ardiente y de todas las virtudes” San Luis María Grignon de Montfort.

Si no hay Iglesia sin Pentecostés, no hay tampoco Pentecostés sin María *Benedicto XVI*

Antes del día de Pentecostés, los apóstoles y la Iglesia se reúnen con María para esperar con ella el don del Espíritu Santo, sin el cual no se puede

llegar a ser testigos. Ella, que ya lo ha recibido por haber generado el Verbo encarnado, comparte con toda la Iglesia la espera del mismo don, para que en el corazón de cada creyente “*sea formado Cristo*”. Si no hay Iglesia sin Pentecostés, no hay tampoco Pentecostés sin la Madre de Jesús, porque ella ha vivido de una forma única, lo que la Iglesia experimenta cada día bajo la acción del Espíritu Santo [23].

A la Virgen María, templo del Espíritu Santo, encomendamos la Iglesia, para que viva siempre de Jesucristo, de su Palabra, de sus mandamientos, y bajo la acción perenne del Espíritu Paráclito anuncie a todos que “*¡Jesús es Señor!*” (1 Co 12, 3). [24].

Para encontrar la gracia de Dios hay que hallar a María San Luis María Grignon de Montfort

“Lo que Dios quiere de ti, alma que eres su imagen viva, comprada con la Sangre de Jesucristo, es que llegues a ser santa, como Él, en esta vida, y glorificada, como Él, en la otra.

Todo se reduce, pues, en encontrar un medio fácil con que consigamos de Dios la gracia necesaria para ser santos, y éste es el que te voy a enseñar. Digo, pues, que para encontrar esta gracia de Dios hay que hallar a María. Por las siguientes razones:

Dios la ha escogido por tesorera, administradora y dispensadora de todas las gracias, de suerte que todas las gracias y dones pasan por sus manos, y conforme al poder que ha recibido reparte Ella a quien quiere, como quiere, cuando quiere y cuanto quiere, las gracias del Eterno Padre, las virtudes de Jesucristo y los dones del Espíritu Santo.

Así como en el orden de la naturaleza es necesario que tenga el niño padre y madre, así en el orden de la gracia es necesario que el verdadero hijo de la Iglesia tenga por Padre a Dios y a María por Madre; y el que se jacte de tener a Dios por padre, sin la ternura de verdadero hijo para con María, es un engañador [25].

El Espíritu Santo produjo en María su obra maestra: Jesús

El Espíritu Santo, que se desposó con María, en Ella, por Ella y de Ella, produjo su obra maestra, el Verbo encarnado Jesucristo, continúa produciendo todos los días en Ella y por Ella a los predestinados, por verdadero aunque misterioso modo.

María ha recibido de Dios particular dominio sobre las almas, para hacerlas crecer en Él.

La Iglesia aplica a la Virgen Santísima las siguientes palabras del Eclesiástico *“He arraigado en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad”*. (cfr. Eclo

24, 13). Quienquiera, pues, que sea elegido o predestinado, tiene a María por moradora de su casa, es decir, de su alma y la deja echar raíces de humildad profunda, de caridad ardiente y de todas las virtudes [26].

María molde de Dios

De dos maneras puede un escultor sacar al natural una estatua o retrato: primera, con fuerza, saber y buenos instrumentos puede labrar la figura en materia dura e informe; y segunda, puede vaciarla en un molde. Largo, difícil y expuesto a muchos tropiezos es el primer modo, pues un golpe mal dado de cincel o de martillo, basta, a veces, para echarlo todo a perder. Pronto, fácil y suave es el segundo, casi sin trabajo y sin gastos, con tal que el molde sea perfecto y que represente al natural la figura; con tal que la materia de que nos servimos sea maleable y de ningún modo resista a la mano.

El gran molde de Dios, hecho por el Espíritu Santo, para formar al Hombre-Dios, es María. Ni un solo rasgo de divinidad falta en este molde; cualquiera que se meta en él y se deje modelar, recibe allí todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios; y esto de manera suave y proporcionada a la debilidad humana, sin grandes trabajos ni agonías; de manera segura y sin miedo de ilusiones, puesto que el demonio no tuvo ni tendrá jamás entrada en María, Santa e Inmaculada, sin la menor mancha de culpa [27].

El secreto de María

Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el Secreto de María para que lo conozca, a quien abre este huerto cerrado, para que en él entre, y esta fuente sellada para que de ella saque el agua viva de la gracia y beba en larga medida de su corriente. Puesto que en todas partes está Dios, en todas se le puede hallar: pero no hay sitio en que la criatura pueda encontrarle tan cerca y tan al alcance de su debilidad como en María, pues para eso bajó a Ella.

Nadie, pues, se imagine, como afirman algunos, que María, por ser criatura, es impedimento para la unión con el Creador. No es ya María quien vive, es sólo Jesucristo, es sólo Dios quien vive en Ella. La transformación de María en Dios excede a la de San Pablo y otros santos, más que el cielo se levanta sobre la tierra. Sólo para Dios nació María, y tan lejos está de retener consigo a las almas que, por el contrario, hace que remonten hasta Dios su vuelo, y tanto más perfectamente las une con Él, cuanto con Ella están más unidas”. [28]

CAPÍTULO 5

La oración es para nuestro espíritu, como el aire a nuestro cuerpo

“Si preguntáramos a los condenados: ‘¿Por qué están en el infierno?’, responderían: ‘Por haber resistido al Espíritu Santo’. Si dijéramos a los santos: ‘¿Por qué están en el cielo?’, responderían: ‘Por haber escuchado al Espíritu Santo’.” Santo Cura de Ars.

Nada más claro que el lenguaje de las Sagradas Escrituras para demostrarnos el poder y la necesidad que tenemos de la oración *“Vigilad y orad para no caer en tentación”* (Mt. 26, 41) y *“Pedid y se os dará”* (Mt. 7,7).

Santa Catalina de Siena solía decir que el Espíritu Santo es nuestro servidor, iluminando nuestro entendimiento e induciéndonos a que le sigamos mediante la oración, la cual es para nuestro espíritu, como el aire a nuestro cuerpo. Por tanto, para satisfacer esa imprescindible necesidad de nuestro ser, ofrecemos aquí una recopilación de oraciones al Espíritu Santo, para incentivar y crecer en la devoción y amor a este *“dulce huésped del alma”*.

*El Espíritu Santo es el amor de Dios, que nos santifica,
nos guía, nos consuela y fortalece.*

Consagración de la familia al Espíritu Santo

¡Oh Dios Espíritu Santo! Postrados ante tu divina majestad, venimos a consagrarnos a Ti con todo lo que somos y tenemos.

Por un acto de la omnipotencia del Padre hemos sido creados, por gracia del Hijo hemos sido redimidos, y por tu inefable amor has venido a nuestras almas para santificarnos, comunicándonos tu misma vida divina.

Desde el día de nuestro bautismo has tomado posesión de cada uno de nosotros, transformándonos en templos vivos donde Tú habitas juntamente con el Padre y el Hijo; y el día de la Confirmación fue ese Pentecostés en que descendiste a nuestros corazones con la plenitud de tus dones, para que viviéramos una vida íntegramente cristiana.

Permanece entre nosotros para presidir nuestras reuniones; santifica nuestras alegrías y endulza nuestros pesares; ilumina nuestras mentes con los dones de la sabiduría, del entendimiento y de la ciencia; en horas de confusión y de dudas asístenos

con el don del consejo; para no desmayar en la lucha y el trabajo concédenos tu fortaleza; que toda nuestra vida religiosa y familiar esté impregnada de tu espíritu de piedad; y que a todos nos mueva un temor santo y filial para no ofenderte a Ti que eres la santidad misma.

Asistidos en todo momento por tus dones y gracias, queremos llevar una vida santa en tu presencia.

Por eso, hoy te hacemos entrega de nuestra familia y de cada uno de nosotros para el tiempo y la eternidad. Te consagramos nuestras almas y nuestros cuerpos, nuestros bienes materiales y espirituales, para que Tú sólo dispongas de nosotros y de lo nuestro según tu beneplácito. Sólo te pedimos la gracia que después de haberte glorificado en la tierra, pueda toda nuestra familia alabarte en el cielo, donde con el Padre y el Hijo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

“Si preguntáramos a los condenados: ‘¿Por qué están en el infierno?’, responderían: ‘Por haber resistido al Espíritu Santo’. Si dijéramos a los santos: ‘¿Por qué están en el cielo?’, responderían: ‘Por haber escuchado al Espíritu Santo’.” Santo Cura de Ars



SP
IR
IT
US

SANCTUS

UBI VULT

SP
IR
AT

Novena para pedir los siete dones y los doce frutos del Espíritu Santo *San Alfonso María de Ligorio.*

Oración inicial

Secuencia de la Misa de Pentecostés

Ven Espíritu Santo, envía tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.

Día Primero: *Los siete dones del Espíritu Santo*

Ven Espíritu Santo, visítame y llena con tu gracia divina, mi corazón que tú has creado. Ven y reposa sobre mí, Espíritu de sabiduría y entendimiento, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia, de piedad y de temor de Dios. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Segundo: *El don de Sabiduría*

Espíritu Santo, concédeme el don de sabiduría, para que guste cada vez más de las cosas divinas, y abrasado en el fuego de vuestro amor, prefiera con alegría las cosas del cielo a todo cuanto es mundano y me una para siempre a Jesús, sufriendo en este mundo por amor a Él. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Tercero: *El don de Entendimiento*

Espíritu Santo, concédeme el don de entendimiento, para que, iluminado por la luz celestial de tu gracia, entienda bien las verdades sublimes de la salvación y la doctrina de la santa religión católica. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Cuarto: *El don de Consejo*

Espíritu Santo, concédeme el don de consejo, tan necesario en tantos pasos difíciles y melindrosos de la vida, para que escoja lo que más te agrade, siga

en todo a tu divina gracia, y socorra a mi prójimo con buenos y cariñosos consejos. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Quinto: *El don de Fortaleza*

Espíritu Santo, concédeme el don de fortaleza, haz que desprecie cualquier respeto humano, huya del pecado, practique la virtud con santo fervor y acepte con paciencia – y aún con alegría de espíritu – los desprecios, perjuicios, persecuciones y la propia muerte, antes que renegar por palabras y por obras a mi amabilísimo Señor Jesucristo. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Sexto: *El don de Ciencia*

Espíritu Santo, concédeme el don de ciencia, para que conozca cada vez más mi propia fragilidad y miserias, la belleza de la virtud y el inestimable valor del alma; y vea claramente para siempre las celadas del demonio, del mundo y de la carne, a fin de poder evitarlas. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Séptimo: *El don de Piedad*

Espíritu Santo, concédeme el don de piedad, el cual me hará delicioso el trato y el diálogo contigo en la oración, haciéndome amar con un íntimo amor a Dios como a mi Padre, a María Santísima como a mi

Madre y a todos los hombres como a mis hermanos en Jesucristo. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Octavo: *El don de Temor de Dios*

Espíritu Santo, concédeme el don de temor de Dios, para que siempre con suma reverencia y profundo respeto me acuerde de tu divina presencia, tiemble como los ángeles ante tu divina majestad, y nada tema tanto como desagradar tus santos ojos. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Día Noveno: *Los doce frutos del Espíritu Santo*

Espíritu Santo, amor eterno del Padre y del Hijo, dignate concederme tus doce frutos: Haz que mi alma sea tu morada para siempre y mi cuerpo sea tu sagrado templo. Habita en mí y quédate conmigo aquí en la tierra, para que merezca verte eternamente en el Reino de tu gloria. Amén. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.* [29]



Bibliografía:

1. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n^o 685.
2. <http://www.aciprensa.com/fiestas/pentecostes/espiritusanto.htm>
3. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n^o 694-699;701.
4. *Ibíd.* n^o 1830.
5. *cfr. Juan Pablo II, Catequesis sobre el Credo*, 09/04/1989.
6. *Ibíd*, 16/04/1989.
7. *Ibíd*, 07/05/1989.
8. *Ibíd*, 14/05/1989.
9. *Ibíd* ,23/05/1989.
10. *Ibíd*, 28/05/1989.
11. *Ibíd*, 11/06/1989.
12. *Mons. Ángel Rubio Castro, Los doce frutos del Espíritu Santo en Pentecostés.*
13. *P. Antonio Royo Marín, O. P., Teología de la Perfección Cristiana*
14. *Mons. Ángel Rubio Castro, op. cit.*
15. *Ibíd.*

16. *P. Antonio Royo Marín, O. P., op. cit.*
17. *Mons. Ángel Rubio Castro, op. cit.*
18. *P. Antonio Royo Marín, O. P., op. cit.*
19. *Mons. Ángel Rubio Castro, op. cit.*
20. *P. Antonio Royo Marín, O. P., op. cit.*
21. *Mons. Ángel Rubio Castro, op. cit.*
22. *Ibíd.*
23. *cfr. Benedicto XVI, Catequesis del 14/03/2014.*
24. *cfr. Benedicto XVI, Regina Cæli 12/06/2011.*
25. *cfr. San Luis María Grignon de Montfort, El Secreto de María, Cap 1, nº 3; 6; 11.*
26. *Ibíd, Cap. 1, nº 13 -15.*
27. *Ibíd, Cap. 1, nº 16-17.*
28. *Ibíd, Cap. 1, nº 20-21*
29. *San Alfonso María de Ligorio, Novena do Espírito Santo.*

Índice

<i>Presentación</i>	3
<i>El Espíritu Santo en la Iglesia Católica</i>	5
<i>Símbolos del Espíritu Santo</i>	9
<i>Dones y Frutos del Espíritu Santo</i>	11
<i>María Santísima, Esposa Fidelísima del Espíritu Santo</i>	19
<i>La oración es para nuestro espíritu, como el aire a nuestro cuerpo</i>	25
<i>Bibliografía:</i>	34

